

IV

El éxito de la operación de Canterac dependía de abastecer de víveres las fortalezas del Callao, y éstos no podían sacarse sino de Lima apoderándose de la ciudad, ó bien dominando sus alrededores del este y del norte para proveerse de ganados. Lo primero era imposible, sin vencer el ejército de San Martín. Para lo segundo, le estaban cerrados todos los caminos. Así lo comprendió Canterac, y desde entonces sólo pensó en la retirada, abandonando el Callao á su suerte (11).

En los primeros días de setiembre, el gobernador del Callao, La Mar, había celebrado una junta de guerra con el objeto de disminuir la ración, en vista de la escasez de víveres; pero se acordó no hacer innovación á la espera del auxilio prometido por el virrey. Así, al ver aparecer bajo sus muros el ejército expedicionario de la sierra, la esperanza renació en la guarnición. Pero pronto, el júbilo se convirtió en desesperación al saber que los auxiliares no traían recurso alguno, y que eran otras tantas bocas hambrientas que iban á devorar

(11) En su parte oficial ya citado, dice Canterac: — « Proveer de víveres al Callao sacándolos de Lima para poder continuar su defensa, no era posible, pues para ello era preciso antes batir al ejército (de San Martín), operación en extremo aventurada contra un enemigo que tenía reunidas sus fuerzas, en una posición naturalmente fuerte, y en la que no podía obrar nuestra caballería, no reconociendo en mi posición otro punto de retirada en caso de desgracia que la misma plaza del Callao, y falta ésta de víveres, era consiguiente la pérdida de mis tropas y la del Perú. Como mi división carecía absolutamente de todo artículo de subsistencia, y para la caballería y mulas ya no había forraje en la inmediación de los fuertes del Callao, tuve por indispensable moverme alejándome de ellos ».

en pocos días sus escasas provisiones. Para este caso, Canterac tenía instrucciones del virrey de arrasar las fortificaciones y recoger su guarnición, extrayendo de los depósitos el mayor número de armamento posible. El general La Mar se opuso á tal medida, haciendo presente, que esto equivalía á entregar á discreción á los españoles refugiados con sus familias en los fuertes, y se desistió del intento. Entonces se procuró abastecer la plaza por medio de una contrata con varios comerciantes ingleses, que se ofrecieron á introducir víveres por agua, mediante el abono de 500,000 pesos, pagaderos 100,000 al contado y 400,000 en las cajas de Arequipa (12). Las cajas reales del Callao estaban casi exhaustas por efecto del rigoroso bloqueo marítimo y terrestre, así es que fué necesario acudir al peculio particular de los refugiados y de los jefes y oficiales, y para llenar el cupo, la misma tropa de Canterac tuvo que devolver 2,000 onzas de oro que había recibido á cuenta de sus sueldos (13). Antes de abandonar el Callao á su suerte, discutióse en junta de guerra la idea de atacar el ejército independiente en sus posiciones, estable-

(12) Paz Soldán dice, en su « Hist. del Perú Indep. », que las cantidades estipuladas fueron 100,000 pesos al contado y 400,000 en libranzas; pero Camba en sus « Memorias », que formaba parte de la expedición de Canterac y fué uno de los contribuyentes, asegura que la cantidad al contado fué sólo de 80,000 pesos.

(13) Stevenson ha dicho en su « Hist. Narrat. » y Cochrane ha repetido en sus « Memorias », recalcando sobre el punto, que los españoles extrajeron del Callao el inmenso tesoro que tenían depositado allí, el cual hace ascender á 20 millones de fuertes. Como se ve, lejos de extraer ningún dinero, los españoles dejaron el que habían traído de la sierra. Camba, en sus « Memorias » etc. t. I, pág. 432, bien informado, dice con este motivo: « Véase cómo aun los extranjeros entendidos suelen escribir de las cosas de España que ellos mismos presencian. Lejos de haber extraído Canterac *armas y tesoros* del Callao, quedaron en ella cinco piezas de artillería de las siete que había sacado de Jauja, y 2,000 onzas de oro que se habían repartido, y el dinero particular de algunos jefes y oficiales, para que tuviera efecto la contrata de víveres entablada para abastecer la plaza ».

ciendo baterías de grueso calibre sobre su línea; pero excepto tres jefes, todos los demás opinaron por la retirada, y así quedó acordado. Al principio se pensó que cada soldado, además de sus armas, condujese colocado á la espalda un fusil, á fin de extraer algún armamento; pero no sólo se desistió de este propósito, sino que se resolvió que de las siete piezas de montaña que habían bajado de la sierra, se dejaran cinco en el Callao para aligerar la marcha. La posición de los realistas era crítica. La deserción empezaba á pronunciarse en sus filas: en dos días se pasaron á los independientes ocho oficiales y 200 soldados (14). Las cabalgaduras se iban consumiendo. El hambre era la única perspectiva que se les presentaba. Tres días más de inacción, y hasta la retirada era imposible, y tenían que capitular sin combatir. Canterac, tomando consejo de su resolución y confiado en la solidez de sus tropas, decidió retirarse por camino opuesto al que había traído, por una atrevida marcha de flanco, fiando la salvación á los pies de sus soldados, pero resuelto á combatir si era necesario para ganar la sierra.

El 16 á las 4 de la tarde, el ejército expedicionario de la sierra, vestido de gala, se movió en masa del Callao, y avanzó sobre el camino de Lima en campo abierto dando vivas al rey. Canterac, con una división ligera y sus dos piezas de montaña, hizo un amago de ataque sobre la posición de La Legua, para ocultar su movimiento retrógrado; pero se mantuvo fuera del tiro de cañón. Mientras tanto, el grueso de su ejército desfilaba á retaguardia por su izquierda á banderas replegadas, vadeaba el Rimac á inmediación de la playa en Bocanegra, y se ponía en salvo, tomando la dirección del norte. Al ponerse el sol, la división destacada seguía el movimiento

(14) Carta de San Martín á Cochrane de 16 de setiembre de 1821. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

general, cubriendo la retirada. Á esa hora se hizo sentir un cañoneo. Era un bergantín de la escuadra chilena, que barría el camino de la playa, y hacía fuego sobre la columna española, causándole algunos muertos.

Canterac, protegido por las sombras de la noche, vióse obligado á seguir el camino de la costa del mar, por un terreno montuoso y pedregoso, en que se le inutilizaron sus cabalgaduras, maltratándose los soldados, que con el cansancio y el hambre empezaron á perder sus bríos; pero tenía que esquivar su flanco derecho amenazado, y esto le hizo apresurar su marcha, dejando muchos rezagados. El 17 al amanecer se posesionó del valle de Carabaillo, como á 15 kilómetros al norte de Lima, por cuyo fondo corre el río Chillón que baja de Canta, y conduce al paso de la cordillera camino de Jauja. Aquí hizo alto y se proporcionó algunas reses para comer, descansando en tanto de sus fatigas.

V

San Martín había presenciado el desfile de Canterac desde la batería de Mirones. Impasible y silencioso, asistía á un nuevo triunfo sin combate, perseverando en su nuevo sistema de guerra de *victor sine sanguine*. Su ejército ardía en deseos de pelear, y creía segura la victoria; pero después de la escena con el almirante Cochrane, nadie se atrevía á darle consejos. Si obraba por exceso de prudencia, orgullo ó desconfianza, al permanecer en esta actitud pasiva con las armas descansadas, lo examinaremos después; pero este habría sido el momento de arriesgar algo, aprovechando la oportunidad para completar el triunfo, ya asegurado en gran parte. San Martín, fija su atención en la rendición del Callao, que de suyo se rendía, hizo las cosas á medias, y tardíamente des-

prendió á Las Heras (17 de setiembre) con el grueso del ejército en persecución de Canterac.

La persecución, no bien combinada, floja en un principio, é imprudente al fin, brindó al enemigo algunas ventajas en su retirada. El 18, se hallaba el ejército perseguidor á tres kilómetros de Canterac, situado en Macas, en la prolongación ascendente de la quebrada de Carabaillo. Los partes oficiales de Las Heras acusan cierta irresolución. « Los enemigos (escribe el 18 á las 9 de la mañana), acamparon anoche en Pueblo Viejo. Á las 7 de esta mañana, aun no se habían movido, y yo marché sobre ellos conseqüente á las órdenes de V. E. » Á las 3 de la tarde del mismo día, decía: « Ha resultado que la verdadera posición del enemigo, era la de San Lorenzo, sobre un cerro. Cargado por nuestras guerrillas por su derecha, hizo una salida con una columna de infantería y mucha parte de su caballería, rechazando todas nuestras guerrillas. Me vi en la necesidad de replegarme y proteger la dispersión con toda nuestra caballería. Nuestros montoneros se han rehecho. Pareciéndome sospechosa, como asimismo fuerte su posición, he determinado que el ejército permanezca en los puntos que ocupa hasta que decida completamente el enemigo su movimiento ». Á las 9 de la noche del mismo día: « Al fin decidió el enemigo un movimiento á las 4 1/2 de la tarde, corriéndose sobre su izquierda. En su consecuencia, la posición que ocupamos es la mejor, como asimismo para perseguirlo, según pienso » (15). Al día siguiente (19 de setiembre), Las Heras no había emprendido ningún movimiento decisivo, ni tenía un plan hecho de persecución (16). Á la altura de

(15) Ofis. de Las Heras (son cinco) de 18 de setiembre de 1821. M. S. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LX.)

(16) Cartas de Las Heras á San Martín (son dos) de 19 de setiembre de 1821, á las 6 y 9 de la mañana. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

Caballeros, á 47 kilómetros de Lima, desistió de continuarla en masa, y desprendió á vanguardia la división de Miller, compuesta de 700 infantes, 125 granaderos á caballo y 500 montoneros, que después de un retardo de diez horas, sólo se movió á las 9 de la mañana del 20 (17).

Un esfuerzo vigoroso habría dado en aquellos momentos un triunfo completo al ejército independiente; pero la inacción en Lima había relajado su fibra, y además estaba sordamente trabajado por causas que á su tiempo se explicarán. El ejército de Canterac se le deshacía entre sus manos. Precisamente, el día 18, al tiempo de rechazar en San Lorenzo el ataque desconcertado de los independientes, se le desertaron 30 oficiales y 500 soldados de las tres armas (18). Los españoles, según confesión propia, habían perdido casi la mitad de su infantería (19). Al emprender Miller su marcha, se le presentaron 100 pasados más de los realistas (20). Alucinado, ó como se ha creído generalmente, á causa de la grave enfermedad de tercianas contraída en la expedición de puertos, que por momentos le privaba de calcular con exactitud lo que convenía, se lanzó en una persecución temeraria, pretendiendo no sólo hostilizar la retaguardia del enemigo, sino también contener su marcha hacia la sierra. Con tal objeto, en la madrugada del 22, trató de apoderarse de la altura de Porochuco; pero al llegar á su cumbre, después de una fatigosa mar-

(17) Miller: « Memorias », t. I, pág. 326.

(18) Miller: « Memorias » t. I, pág. 326.

(19) Camba: « Memorias », etc., t. I, pág. 429.

(20) En su parte oficial citado, dice Canterac: « Desde este día (18 de setiembre) me vi precisado á abandonar la idea de volver al Callao, y me decidí á alejarme cuanto antes de Lima, pues la más inaudita y escandalosa deserción de más de 30 oficiales y 500 soldados de todas armas, iba á exponer á un grande contraste las tropas de mi mando. En este compromiso, que tanto minaba mi fuerza y me ponía al borde de otros males, resolví replegarme sobre la sierra ».

cha de 10 kilómetros, le salió al encuentro una emboscada mandada por el brigadier Monet, que lo obligó á replegarse, con algunas pérdidas. El 23 se adelantó de nuevo Miller hasta Huamantanga, y tomando la izquierda del enemigo, pretendió cerrarle el camino de la montaña con 400 cazadores, sostenidos por una columna de reserva. Á las 11 de la mañana se trabó de nuevo el combate. Los españoles cargaron con denuedo. La división de Miller fué desalojada de la fuerte posición que ocupaba, dejando en el campo armas, muertos y prisioneros. Este fué el último zarpaso del león en retirada. Aquí terminó la persecución. Miller se limitó desde entonces á hostilizar la retaguardia del enemigo con partidas volantes de caballería, y acompañó á la columna fugitiva hasta pasar la cordillera, donde encontró el cadáver del famoso coronel Sánchez, el héroe de San Carlos y Chillán en Chile, abandonado en una choza por sus compañeros de armas (27 de setiembre).

Treinta y cinco días después de haber emprendido Canterac su expedición (1.º de marzo) estaba de regreso en Jauja, deshecho, con un tercio menos de la fuerza que había sacado, y dejando perdida la plaza que había ido á salvar. Empero, el general español acreditó en esta ocasión las dotes de un consumado táctico, y de un general intrépido en medio de los grandes peligros que lo rodearon, á que supo sobreponerse, salvando el honor de sus armas y sus últimos soldados.

VI

Aislado el Callao y abandonado á su suerte, con sólo tres días de víveres, San Martín le intimó rendición, ofreciendo respetar las personas y los equipajes. El general La Mar, aceptó la proposición para tratar, proponiendo por su parte

una suspensión de hostilidades; pero pidió cerciorarse del estado el ejército realista en retirada, antes de entrar á negociar. San Martín le contestó: « Como hombre público y privado he tenido siempre derecho á ser creído. Los jefes del ejército español se equivocaron en los cálculos y han tenido que retroceder á la sierra desorganizada toda su fuerza y huyen perseguidos. Si esta explicación aun requiriese más autenticidad, un oficial de la guarnición del Callao puede venir á informarse de ella ». La Mar replicó: « No me considero en el caso de haber ofendido su delicadeza, dejando de dar crédito á sus aserciones, pero permítame manifestarle, que en situación como la mía no es nueva toda detención de esta especie sin nota de agravio. Bajo este concepto y de la misma invitación que se sirve hacerme, pasa el brigadier don Manuel Arredondo á hablar con algunos de los oficiales del ejército nacional ». Cerciorado La Mar de que nada tenía que esperar, formuló sus capitulaciones de acuerdo con una junta de guerra, con arreglo á la intimación del vencedor, recomendando á su generosidad « la benemérita guarnición del Callao » y la población refugiada bajo su amparo.

Por parte del Protector fué comisionado para tratar el coronel Tomás Guido, nombrando el gobernador de los castillos al brigadier Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares. Estipulóse en consecuencia una capitulación honrosa para vencidos y vencedores. La guarnición debía salir por la puerta principal de las fortalezas con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. La tropa veterana que voluntariamente lo quisiera, podría transportarse á uno de los puertos de intermedios y reunirse al ejército de Arequipa, pero no á ningún otro punto. Los milicianos, se restituirían á sus hogares. Los generales, jefes y oficiales, empleados de hacienda y marinos, serían tratados con dignidad, pudiendo usar de su uniforme y espada por el